

nuestros antepasados de pellejo un poco más coriáceo. Sino porque es verdaderamente una de las enfermedades endémicas de que sufre nuestra sociedad.

Nuestros antepasados conocieron la esclavitud y la peste. Nosotros conocemos, entre otras plagas, la tuberculosis y la delincuencia de los niños. Al mismo ritmo que los automóviles, nuestra civilización fabrica en serie inadaptados. Y el neuro-psiquiatra y el pedagogo especializado se convierten en personajes tan indispensables como el agente de tránsito o el mecánico. Pero no es ni del uno ni del otro de quien depende la solución definitiva del problema.

Depende de todos los que tomen una clara conciencia de él, y acepten luchar para construir un mundo donde el hombre pueda volver a encontrar su equilibrio perdido.

NOTAS

1 *La Revue de L'Education Surveillée. Sauvons l'Enfance. Sauvegarde.* Las dos primeras se fusionaron en una revista única: *Rééducation.* Anotemos, además, que la vieja *Revue Pénitentiaire et de Droit Pénal* trata a menudo de los problemas de la infancia.

2 En el conjunto emerge por lo menos una obra de calidad: *Graine de crapule* de F. Deligny.

3 Cf: *Rééducation*, núm. de febrero de 1950.

4 El primer trabajo científico en este dominio fue la tesis que el profesor Heuyer sostuvo en 1914: *Enfants anormaux et délinquants juvéniles.* El profesor Heuyer fue no sólo el fundador, en Francia, sino el iniciador de todas las investigaciones emprendidas sobre la delincuencia de los jóvenes.

5 La ley del 12 de abril de 1926 elevó a 18 años la edad de la mayoría penal.

6 Pero como al principio no había casas de corrección, se le encarcelaba por las buenas. De tal manera que valía mucho más ser condenado que absuelto: en el primer caso se libraba uno generalmente con algunos meses de detención; en el segundo quedaba uno encarcelado durante largos años.

7 Excepto de hecho en París y en algunas grandes ciudades.

8 Un proyecto que se encuentra actualmente depositado en la oficina de la Asamblea Nacional, crea en cada departamento un "Consejo de la infancia y de la adolescencia en peligro" y concede su presidencia al juez de los niños. Este toma por ello la importancia de un jefe de servicio departamental y su zona de acción se extiende muy ampliamente en el dominio de la prevención.

9 Es de notar que ciertos centros de acogida, como los de Nancy y Montpellier, logran una organización técnica comparable a la de los centros de observación y proporcionan los mismos servicios.

10 Esta creación tuvo lugar en septiembre de 1945. El título de "Dirección de la educación vigilada" es por otra parte bastante inadecuado. Sería más exacto hablar de una "Dirección judicial de la Infancia".

11 A título indicativo, en 1949, 189 alumnos de las escuelas públicas fueron presentados al certificado de aptitudes profesionales; 154 fueron admitidos.

12 Aniane, Belle-Ile, Saint-Maurice (en Lamotte-Beuvron), Saint-Jodart, Saint-Hilaire (cerca de Fontevault). Neufchateau.

13 Cadillac y Brécourt (Seine-et-Oise).

14 "Chanteloup" cerca de Saint-Hilaire.

15 Estos internados son en su mayoría polivalentes; además de los delincuentes albergan a simples inadaptados; las cifras dadas más arriba se refieren sólo a los delincuentes.

16 La *probation* remonta a la Edad Media. El sistema es utilizado sobre todo para los delincuentes adultos.

17 El fenómeno de la "banda", por ejemplo, ha impuesto en ciertos casos de libertad vigilada que el delegado tenga que encargarse de toda una colectividad de niños. El carácter de la medida queda entonces completamente transformado.

EL "HOMBRE MARGINAL"

EN LA HISTORIA

Por Manuel DURAN

LO DICE el Arcipreste de Hita con su curiosa mezcla de malicia socarrona y sentido común moralizador:

Tú, rico y poderoso, no quieras

[desear al pobre, ni pretendas al humilde alejar; puede hacerte servicio quien nada puede dar, aquel que menos tiene, te puede.]

[aprovechar. Cualquier cosa pequeña y de poca valía puede hacer gran provecho y causar

[mejoría; quien no tiene poder, dinero ni hidalguía puede tener buen seso, arte y sabiduría.]

No hay, pues, enemigo pequeño; el que se debatía en la miseria se encumbra de pronto, triunfa y causa la sorpresa de todos. A estos cambios inesperados en la

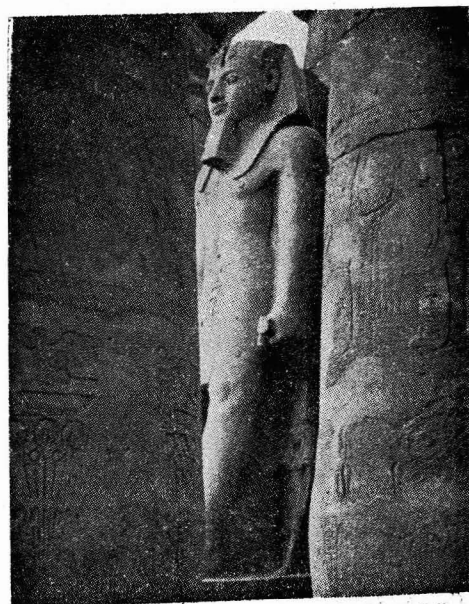


"la primera gran cultura humana"

prosperidad de los hombres y los pueblos solía asociar la Edad Media la imagen de la rueda de la fortuna (Howard Patch nos ha descrito en su libro sobre *The Goddess Fortuna* las mil y una ocasiones en que escritores y artistas recurren a esta imagen y otras parecidas en su tentativa de explicar el cambio, y prefigurando, hasta cierto punto, lo que más tarde será el ritmo barroco del engaño-desengaño). Los sociólogos de hoy desdeñan las alegorías medievales, y cuando se refieren a fenómenos parecidos aluden, por ejemplo, al triunfo del "hombre marginal", lo cual viene a ser más o menos lo mismo, pero, gracias al empleo de un neologismo, consigue dar sabor más científico a sus escritos.

Y es que no se trata de un fenómeno contemporáneo, ni siquiera de un acontecer solamente medieval. En toda agrupación humana o social que no sea puro caos (como es caos, hasta cierto punto, una muchedumbre enfurecida), hay siempre una ordenación, una estructuración que

coloca a ciertos hombres, a ciertos pueblos, en un lugar central, y relega, en cambio, a otros a la periferia. Eso es precisamente el hombre marginal: el que ha quedado a un lado, el que no puede aspirar —de momento— a desempeñar un papel principal, el que siente —y la actitud psicológica puede ser aquí algo decisivo— que, en efecto, no le toca sino un papel de espectador ante el drama de la actividad vital que se desarrolla en lo más céntrico del "gran teatro del mundo". Puede el hombre o el pueblo que en esta situación se halla (¿y quién no se ha sentido a sí mismo como *marginal* en un momento u otro de su vida, quizá en forma constante pero no confesada?), recurrir al mito, al ensueño, a la racionalización forzada y dificultosamente mantenida para ocultarse tal situación; puede, a veces, aceptarla con humildad, a sabiendas de que ciertos lazos religiosos, afectivos, o simplemente el *amour de l'humanité* de que hablaba Molière, le permitirán triunfar vicariamente, a través del triunfo de los demás, identificándose con el poder y la gloria que los demás detentan, aunque en forma indirecta. Puede, también, prepararse calladamente para dominar tan desventajosa situación. La historia nos habla de numerosos casos en que tal cosa ha ocurrido, en que los que parecían no poder ganar acaban por llegar a la meta, en su caballo cojo y triunfan por una nariz; en que ciertos hombres o ciertos pueblos, juegan con el destino, que utiliza cartas marcadas, y acaban por ganar a pesar de todo. Estos relatos no carecen de encanto, de un encanto un poco ingenuo, como el de las películas de vaqueros en que los villanos son poderosos, pero el bueno acaba por derrotarlos después de vencer increíbles dificultades. La victoria de hombres y pueblos marginales nos tranquiliza y nos exalta; creemos entonces que bien pudiera ocurrirnos lo mismo, nos identificamos plenamente con los vencedores, les damos las gracias por introducir en nuestras vidas la esperanza y —lo que vale quizá tanto— la sorpresa. Como el que esto escribe se siente también algo marginal a sus horas, tratará en las breves páginas que siguen de resumir y comentar brevemente ciertos prestigiosos relatos acerca del triunfo de algunos gru-



"ventajosamente instalados en la historia"

pos marginales. El primer relato nos cuenta la victoria de un grupo marginal primitivo, el de los pueblos que no tardarían en crear la cultura egipcia, y se lo debemos a Toynbee. El segundo relato explora los orígenes, sumamente marginales, del capitalismo y la burguesía modernos, al lado de la rígida armazón de la sociedad medieval, pero aspirando a quebrantarla; el historiador belga Henri Pirenne, especialista en historia económica, es quien nos suministra tan preciosos datos. El tercero nos cuenta las vicisitudes de un grupo de ilustres y malhadados hombres marginales: los judíos en la España renacentista, y es producto de Américo Castro. Finalmente, el cuarto relato —para el que no damos fuentes históricas ilustres y que está basado en gran parte en datos contemporáneos que proporcionan la observación turística, las estadísticas y las enciclopedias menos voluminosas— gira en torno a otro pueblo marginal, cuya victoria es patente en estos años: nos referimos a Suiza.

Importa subrayar, pues, que no sólo hay hombres marginales, ocupaciones marginales, grupos sociales marginales, sino también pueblos y culturas marginales, que se agitan en el umbral de la historia sin lograr realidad plena, lugar seguro y bien establecido. Por mucho que quiera la "posición oficial" de sus dirigentes convencer a la población de su importancia, no lo consigue sino a ratos, y a costa de grandes equilibrios; y en su intimidad aquellos mismos dirigentes que exaltan la importancia de sus pueblos se confiesan, si han entrado de veras en contacto con otros pueblos no marginales, que el suyo queda por debajo; el contacto de culturas significa sobre todo, para esos pueblos, la imitación o la incorporación, a veces penosa, de ideas e instituciones que no encajan perfectamente en la vida del pueblo.

Esta afirmación nos hace correr ciertos riesgos. Niega uno de los principios esenciales de la antropología, para la que no existen "culturas marginales": como ha dicho Margaret Mead, "uno de los postulados que han guiado a los antropólogos ha sido el que cada cultura merece ser tratada como un conjunto digno e importante en sí mismo; hay una especie de democracia teórica entre las culturas, con tal de que tengamos en cuenta que los esquimales, por ejemplo, resolvían sus problemas en forma muy sencilla y los peruanos en forma muy complicada." En este punto la antropología se separa de la historia. La antropología estudia las culturas vistas desde dentro; la historia incluye, además, sus contactos, basados casi siempre en desigualdades que se imponen en forma sutil o brutal y que determinan cambios, rápidos o lentos. El antropólogo que viera en madame Bovary una manifestación de su cultura provincial autónoma y no comprendería que Emma está reaccionando contra su marginalismo provinciano gracias a modelos literarios forjados para la gran ciudad y su público, y que en su sentimiento de inferioridad provinciana que hay que superar a toda costa está la raíz de su drama. (Y también Alonso Quijano, antes de convertirse en Don Quijote, es un hombre marginal que busca oscuramente la forma de salir de esta condición.)

El relato de Toynbee sobre la formación de la cultura egipcia forma parte de



Dibujo de Pieter Bruegel— "sólo la tierra garantiza la existencia"

sus ejemplos ilustrativos a la teoría de "reto y reacción" que es, a la vez, la piedra angular de su concepción de la historia y una de sus ideas más acerbamente discutidas y combatidas por otros historiadores (los últimos ataques de otro ilustre historiador británico, Trevor-Roper, son especialmente venenosos). Se ha dicho, quizá con razón, que Toynbee impone a la historia un rígido corsé, que deforma o suprime todo aquello que no se adapte a sus teorías. Uno de los problemas que más le preocupan es el de la larga, casi diríamos desproporcionada, duración de la cultura egipcia. No es de extrañar, por ello, que haya dedicado a la génesis de esta cultura algunas de las mejores páginas de su obra. (Los egipólogos con quienes he hablado de este punto se inclinan a darle la razón a Toynbee y se limitan a señalar que su teoría no es totalmente original, puesto que se halla ya prefigurada en los estudios de Childe, *The Most Ancient East* entre otros). Hacia el final del último período glacial, según Childe, el norte de África y el sur de Asia gozaban de un clima y una pluviosidad especialmente favorables al hombre. Mientras que en Europa las heladas estepas daban albergue al mamut y al reno, el norte de África, de clima más templado, cubierto por praderas y bosques, debió ser centro importante de población. La crisis se produce cuando, al terminar el período glacial, la zona de ciclones y lluvias sigue a los hielos en su retirada, y el norte de África empieza a secarse. Las tormentas estivales, que anteriormente descargaban lluvias abundantes al sur del Mediterráneo, tienden a localizarse hacia la Europa central. Cambian la fauna y la flora. Y los cazadores neolíticos del norte de África quedan desamparados ante el avance del desierto. Tienen que escoger entre la emigración, hacia el norte o hacia el sur, en busca de la caza que la sequía ha hecho huir, o el quedarse en el mismo lugar, tratando de subsistir difícilmente gracias a la caza de los animales que no hayan emigrado, o bien cambiar de vida radicalmente y dedicarse a la agricultura. Según Toynbee, los que no cambiaron de país ni de modo de vida pagaron con su extinción el fracaso de no haber reaccionado frente al reto que la sequía representaba; otros,

que se rehusaron a cambiar de región, hubieron de modificar su forma de vida y transformarse en pastores nómadas. Su destino fue menos duro, pero no muy satisfactorio. La vida en la estepa absorbió todas sus energías sin dejarles el sobrante que hace posible la civilización. El nomadismo es una de las formas de vida más exigentes y desarrolla normas elevadas de carácter y de conducta (no en vano es el "Buen Pastor" el símbolo de los más altos valores cristianos) pero no lujos, ni posibilidades de vida cultural colectiva bien desarrollada. Otros grupos se trasladaron al sur, hacia la región en que el Nilo se convierte en un pantano tropical, hacia Bahr-el-Jabal y Bahr-el Ghazal, y siguieron haciendo allí la vida de siempre; todavía hoy sus costumbres apenas han cambiado, y esos grupos humanos, que, siguiendo la línea de menor resistencia, se negaron a enfrentarse con los problemas que la sequía les imponía, y se retiraron hacia el Sudán, se han quedado simplemente al margen de la historia. Según Childe, "en el Alto Nilo viven hoy pueblos afines a los antiguos egipcios en aspecto, estatura, proporciones del cráneo, idioma y vestido. Son gobernados por magos con poderes sobre la lluvia o por reyes divinos que hasta hace poco eran ejecutados ritualmente, y las tribus están organizadas según clanes totémicos... Parece como si en estas tribus del Alto Nilo el desarrollo social hubiera sido detenido en una etapa que los egipcios atravesaron antes de empezar su historia. Tenemos ahí un museo vivo cuyos objetos exhibidos suplementan y dan vida a las vitrinas prehistóricas de nuestras colecciones". Y, finalmente, un grupo de audaces se atrevió a penetrar en las densas selvas que cubrían el delta del Nilo y se sometió a una dura prueba: abrir canales, desbrozar el terreno y cultivar la tierra. Imaginemos la confusión y la amargura de esas tribus "pre-egipcias": privadas del noble deporte de la caza, exaltado por la tradición y los ritos mágicos, tenían que descubrir nuevas técnicas, posiblemente muy poco productivas al principio; que inventar nuevos mitos para un nuevo modo de vida; que afrontar el desprecio de los que, aparentemente más felices y con mejor suerte, evitaban la nueva, misteriosa y degradante ocupación campesina.

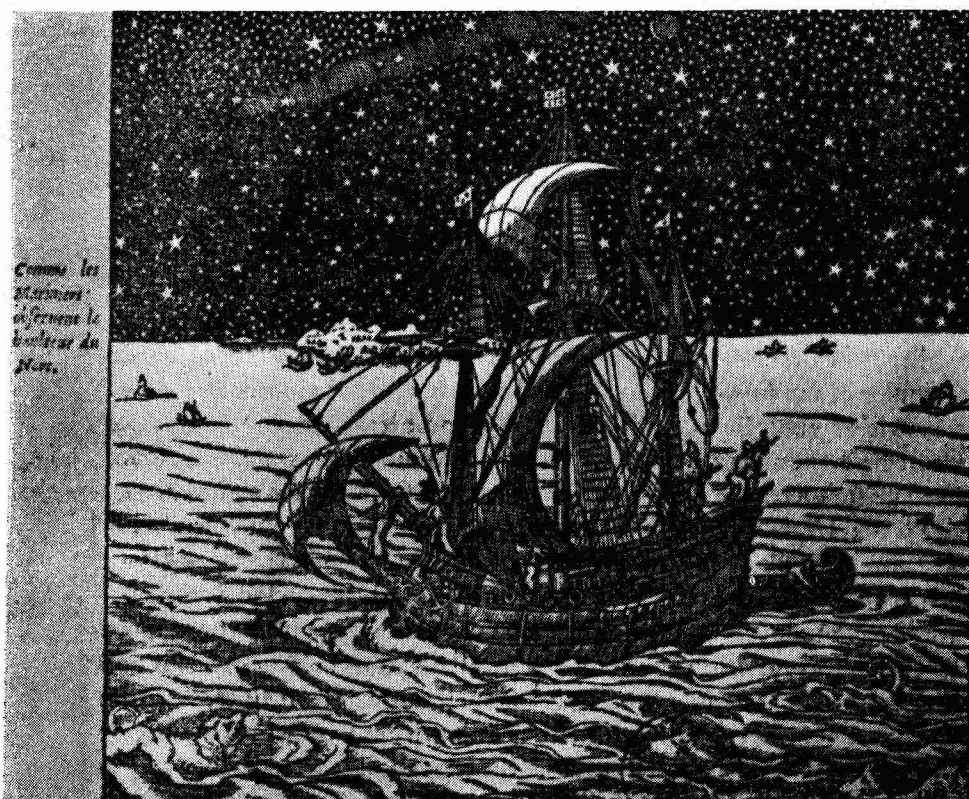
na. Tuvieron sin duda que soportar el desprecio de los pueblos vecinos (para un pastor nómada o un cazador el campesino aparece con frecuencia como un ser absurdo y abyecto). La "cultura hidráulica" de Egipto comienza como una aventura descabellada y poco honrosa. A pesar de la solidez alcanzada más tarde, el escaso vigor combativo de la nueva cultura la expone a ataques y conquistas de sus vecinos que la agricultura no ha pervertido todavía: los hititas, y sobre todos los hyksos, nómadas feroces que imponen una larga tiranía.

Y sin embargo la aventura es un éxito completo, el más total, quizá, de los que registra la historia. El pueblo marginal se convierte en ejemplo para los demás y en fuente de otras culturas. El trabajo coordinado, en común, necesario para domar al río y construir canales, impone una organización social y una división del trabajo mucho más completas y eficientes de las que hasta entonces habían existido. Los egipcios invierten una y otra vez el caudal que la agricultura les proporciona en refinamientos, en alegría del vivir, en mitos religiosos, en obras de arte. La prosperidad permite una densidad de población y una coherencia interna que facilitará la resistencia contra el invasor y su absorción eventual. Las presiones de los bárbaros se convierten en choques violentos, pero no fatales, que una y otra vez despiertan el cuerpo egipcio, amodorrado en su bienestar, y le dan larga vida. Los nómadas o los grupos sedentarios del Alto Egipto debieron sentir, en un momento u otro, que habían perdido la partida, y que sus despreciados vecinos agricultores eran invencibles: pero ocurre que lo poco que sabemos sobre los hititas y los hyksos, por ejemplo, es lo que los egipcios han consignado en sus crónicas; los egipcios, ventajosamente instalados en la historia, pretendían derrotar a los hititas en sus inscripciones aunque la realidad fuera bien distinta. En todo caso son los egipcios uno de los más claros ejemplos del triunfo del hombre sobre un destino adverso. Impulsados por una tarea común (a la manera en que los soldados ingleses de la película *El puente sobre el río Kwai* triunfan de su adversidad y dejan de ser prisioneros para convertirse en constructores), los egipcios, vitalizados por la presencia a la vez hostil y prometedora del Nilo, crean la primera gran cultura humana. El hombre marginal se impone a las dificultades y entra en la historia.

En otra época turbia y de transición difícil nos encontramos nuevamente con un grupo de desheredados que convierten su desamparo en factor de victoria. Henri Pirenne observa en su *Histoire économique de l'Occident Médiéval* que uno de los fenómenos más importantes en la historia de la Edad Media es la reorganización del comercio y la construcción de las ciudades, que se inicia a partir de la segunda mitad del siglo X, y continúa sin cesar a lo largo de los siglos XI y XII. De las nuevas ciudades y los nuevos grupos de comerciantes saldrán, evidentemente, los burgueses modernos, creando una cultura laica al margen de la Iglesia y de la nobleza feudal, vistos con recelo y crítica por eclesiásticos y nobles, hasta que, irremisiblemente, toman la delantera e imponen su modo de vida al mundo moder-

no, mundo, ante todo, de ciudadanos, de comerciantes, de fabricantes y de obreros. De las ciudades medievales ha de salir la sociedad burguesa, capitalista y obrera del siglo pasado y del presente. Pero estas ciudades, que empiezan a nacer de pronto en un ambiente que les es hostil, y en que la tierra y la defensa ocupan a la mayoría, ¿cómo y por qué nacen? Pirenne empieza por descartar una hipótesis obvia, pero no satisfactoria: "Los historiadores se han esforzado durante largos años en establecer un lazo de filiación entre estos hombres (los nuevos habitantes de las ciudades) y el personal servil adscrito a los talleres domésticos de las cortes señoriales o los siervos encargados, en épocas de escasez, de aprovisionarlas, y, en épocas de abundancia, de colocar en el exterior el sobrante de su producción." (Eberstadt y Keutgen, por ejemplo, dan tal interpretación del origen feudal de la economía urbana.) Pero, añade Pirenne, ni los textos ni la verosimilitud y el sentido común nos permiten creer en esta supuesta evolución del feudalismo. Cuando logra nacer la economía urbana moderna ello ocurre fuera del feudalismo, en desafío de las costumbres y los valores feudales, y gracias a un grupo de hombres que bien podemos llamar marginales, pues se hallan en verdad fuera de la sociedad. Sin duda conservaron los señores feudales durante bastante tiempo, y en el seno mismo de las nacientes ciudades, ciertas prerrogativas económicas, tales como la obligación impuesta a la burguesía de utilizar los hornos o los molinos pertenecientes al señor feudal; el monopolio de la venta del vino durante cierto tiempo posterior a la cosecha, o incluso ciertas prestaciones de servicios por parte de los gremios, siguieron favoreciendo a los señores. Pero las supervivencias locales de estos derechos no prueba en forma alguna el origen feudal de la economía urbana; "lo que se constata por todas partes, al contrario, es que, en cuanto ésta se manifiesta, lo hace en el seno de la libertad." ¿Cómo explicar, pues, en una sociedad exclusivamente rural y en

que la servidumbre es condición normal del pueblo, la formación de una clase de mercaderes y de artesanos libres? "Es incontestable en primer lugar que comercio e industria han debido reclutar en su origen a los hombres desprovistos de tierras y que vivían, por decirlo así, al margen de una sociedad en que solamente la tierra podía garantizar la existencia." Vagabundos, "fuera de la ley", hombres sin propiedad, sin profesión determinada, sin lugar en la sociedad rígidamente estratificada de la época: es una ironía de la historia que haya que ver en ellos el origen de la gran sociedad burguesa y capitalista moderna. Y esos hombres eran numerosos: sin contar los que, en tiempos de hambre o de guerra, abandonaban su aldea para hallar en otra parte medios de seguir viviendo, y que no regresaban ya, hay que tener en cuenta a todos aquellos, que, en tiempo de paz, abandonaban las tierras que no podían ya darles sustento. Los hijos últimogénitos de un campesino cargado de familia, por ejemplo, no tendrían más remedio que marcharse a engrosar los ejércitos de vagabundos para que el padre pudiera seguir sus prestaciones al señor feudal y no se viera privado de las tierras. A la aventura, sin rumbo fijo, comiendo la sopa boba de los conventos o trabajando en vendimias y siegas, o quizá peleando como mercenarios, la vida de estos hombres, irregular y sin rumbo, debió llevarlos con frecuencia hacia las costas, en que el comercio comenzaba a revivir, tras los duros golpes de los sarracenos y los normandos; los barcos venecianos o escandinavos necesitaban marinero, o bien era posible arrebatar a las olas — y a los hombres — el botín de algún naufragio. Los más audaces, o los que tuvieran mejor suerte, no dejarían de formarse un pequeño peculio gracias al cual resultarían posibles las operaciones comerciales de mayor envergadura. Así ocurre, por ejemplo, con Rodrigo de Finchal, de padres campesinos muy pobres, nacido probablemente hacia fines del siglo XI en el Linconshire; abandona a sus padres, vagabundea por la cos-



"a la aventura, sin rumbo fijo"

ta, encuentra los restos de un naufragio, se convierte en vendedor ambulante, se une a un grupo de mercaderes, y acaba reuniendo una gran fortuna. Empiezan a surgir los *hombres nuevos* de que más tarde será ejemplo exaltado Jacques Coeur, más rico que los reyes de su tiempo. En una época de escasez y hambres continuas, pero con frecuencia locales, resultaba fácil obtener grandes beneficios con la venta del trigo; los primeros comerciantes modernos son, ante todo, especuladores. La actitud de la Iglesia ante estas actividades es francamente hostil; los señores feudales las ven con desprecio y sólo se asocian a ellas en Italia — y, mucho más tarde, en Inglaterra. Pero los vagabundos han señalado un camino que otros hombres no tardarán en seguir; la tentación era demasiado grande para numerosos siervos que, abandonando sus tierras, se van a vivir a las ciudades como empleados de comerciantes enriquecidos o como artesanos. Los señores los persiguen a veces y los fuerzan a regresar a las tierras cuando consiguen atraparlos; pero muchos logran esconderse, y, a medida que aumenta la población urbana, resulta más difícil arrancarlos por la fuerza a las ciudades que, con frecuencia, consiguen fueros y cartas reales que las protegen. Ha pasado la etapa en que los señores feudales eran una verdadera necesidad; se inicia la etapa en que el comercio se convertirá en fuente indispensable de riqueza. Los *vagabundos* enriquecidos construyen iglesias y hospitales, acaban por ganarse a la Iglesia y hacerse escuchar de los reyes. Sus hijas se casarán a menudo con caballeros; sus hijos llegarán a veces a ser santos, como San Francisco de Asís, hijo de mercaderes. Las ideas libertarias e individualistas acabarán por vencer en el siglo XIX, en que la burguesía triunfa definitivamente, e impondrán una revolución en el derecho y las costumbres sociales. Al ideal ascético o heroico de la iglesia y la nobleza medievales opondrán los *hombres nuevos* nuevas formas de vida basadas en la productividad y el lujo, en los *derechos del hombre* y la movilidad social. El espíritu moderno nace así, casi por casualidad, a lo largo de una lenta evolución de costumbres e ideas que se inicia precisamente cuando ciertos grupos marginales durante los siglos XI y XII, y, con mayor fuerza, hacia fines de la Edad Media, se deciden a aceptar plenamente su marginalidad y a maniobrar al margen de una sociedad que les niega su lugar establecido y sólido. “Los últimos serán los primeros.”

Según un viejo proverbio alemán, “el aire de la ciudad hace libre” al hombre que lo respira. A pesar de lo que creía Ortega, en una de sus épocas semi-germanófilas, en que decía que la libertad y el individualismo eran “ideas de los castillos” o, mejor dicho, habían sido inspiradas por las minorías germánicas feudales, la libertad moderna, tal como la conocemos, es un producto urbano, que las ciudades empiezan a conquistar frente al señor eclesiástico (más temido que el señor feudal, pues el eclesiástico solía residir en la ciudad) y frente al rey. Libertad y cultura lo deben hoy casi todo a un grupo de aventureros vagabundos que tuvieron la ocurrencia de dejar sus tierras y construir ciudades.

Pero hubo un grupo que no consiguió beneficiar plenamente de la libertad que el aire de la ciudad parecía difundir. Este grupo —hombres sin tierra, fuera del orden medieval, y fuera de la religión cristiana— era doblemente marginal. Nos referimos a los judíos, pueblo marginal si los hay, y que una y otra vez ha sabido convertir la derrota en victoria. La situación de los judíos españoles a fines de la Edad Media ha sido analizada por Américo Castro en *España en su historia* y en *La realidad histórica de España*.

La difícil postura de los hispano-judíos, dueños de enorme poder económico, pero odiados por el pueblo y atacados implacablemente por el bajo clero, los obligaba a vivir en vilo, a verlo todo problemáticamente, íntimamente, reforzando así su tradición cultural. Las presiones internas y externas producen su fruto en una larga serie de escritores cuya tendencia introspectiva, con frecuencia amarga, abre raras veces la puerta hacia la fantasía y la aventura exterior (excepción importante: el converso Jorge de Montemayor y su novela pastoril). De Santob hasta Mateo Alemán —pasando, entre otros, por Luis Vives, Santa Teresa, Fray Luis



“acaban por ganarse a la iglesia”

de León— los hispano-hebreos aportan a la literatura española un ingrediente único, valioso y fecundo: la atención al proceso del vivir de uno mismo, la reflexión acerca de lo que es específicamente humano. El hombre, *fazienda* variable, ser *peligroso*, según Santob, sigue siendo el centro de su atención, aunque las corrientes renacentistas desaten por todas partes los torbellinos de *cosas* y de interpretaciones del mundo exterior. La gran aventura seguirá siendo interna para esos escritores. Bueno o malo, el hombre es una realidad aparte, un ser distinto de los demás, que hay que explorar cuidadosamente. “Hubo, pues —escribe Castro en *La realidad histórica de España*— una tradición hispano-oriental acerca del hombre: aparecía éste como una realidad que va progresando sin reposo, aguijada por el cuidado y la angustia. Esa realidad se hacía patente en la autognosis. Luis Vives, otro hispano-judío, escribía en 1538: ‘Mal podrá gobernar su interior y sujetarse igualmente a obrar bien quien no se haya explorado a sí mismo. Y, en efecto, lo primero de todo hase de conocer el artífice para que sepamos qué obras tenemos derecho a esperar de él.’ (*De anima et vita*.) La vida del hombre se hace posible en la materia, pero ella misma no es materia: ‘No puede ser, no, que ese princi-

pio vivificante sea aquella masa que se llama materia, inmóvil siempre, y sólo semejante a sí misma, sin ser capaz de sacar fuerzas de su propia índole y naturaleza... De esa fuerza y facultad de la vida vemos originarse producciones maravillosas.’ La experiencia, la autognosis de su vida particular llevó a Vives, como antes a Santob, a formular lo que en su pensamiento había de nuevo y durable, y a dejar a un lado el abstracto razonar de la escolástica de su tiempo. Su tradición hispánica —ya lo sabemos— lo inclinaba a ello. El hombre, había dicho Santob, no es uno, no es esencia quieta, sino *fazienda* movable, múltiple y cambiante. Vives dirá: ‘No es cosa que nos importe demasiado saber *qué es* el alma, aunque sí, y en gran manera, saber *cómo es* y cuáles son *sus operaciones*’ (*Tratado del alma*, II, 1175). Comenzó así la vida humana a mostrar la riqueza de sus variedades individuales: ‘Interminable sería exponer las peculiares clases de disgusto de cada uno. Los hay que no pueden sufrir el chirrido de una sierra, el gruñido de un cerdo, el desgarrar de una tela, el partir de un ascua con las tenazas. Los hay a quienes ofenden ciertos ademanes, el modo de andar, de sentarse, de mover las manos, de hablar. Y aun los hay a quienes saca de sí ver una arruga en el vestido de otro. ¿Quién acertará a explicar todas las impertinencias de este *animal difícil*, que a veces no hay quien le sufra ni puede él sufrir a los demás, y esto en cada uno de los hombres?’ Montaigne y Pascal han debido de leer a Vives más de lo que se cree... Junto a esta personalidad exquisita y desesperada, la de Erasmo semeja bastante pálida. El gran holandés no supo, o no quiso plantearse problemas radicales.” (Castro, *La realidad...*, pp. 553-554.) Los hispano-judíos son perseguidos con saña —el padre de Vives fue quemado por la Inquisición— pero de esa situación angustiada, de ese fuego y esas cenizas en que los enemigos consiguen convertirlos a veces, sale el fénix extrañamente moderno de una literatura nueva, inquieta, atenta a lo interior, a la inseguridad del hombre que nada contra la corriente, que se hunde y bucea en sí mismo para levantar de nuevo la cabeza. Hemos olvidado los nombres de los inquisidores, o de los señores feudales que con frecuencia protegían a los conversos, pero seguimos —y seguiremos— leyendo *La Celestina*. (No sólo fue Rojas converso, sino, además, el eje oculto de la obra consiste, según un corto pero convincente artículo de Emilio Orozco en *Insula*, en que lo es Melibea, y por eso no puede pensar en casarse con Calixto.) Los hispano-judíos no se salvan como grupo: quedan disueltos en el resto de la comunidad española, o separados de ella violentamente, desterrados o ejecutados. Y sin embargo se salvan muchos de ellos individualmente, gracias al talento y al genio personales. Son, incluso, imprescindibles para definir y explicar la España del Renacimiento, de tono extrañamente sombrío si la comparamos con Italia, por ejemplo: “El converso español de los siglos XV y XVI incurrió en estilos de tono sombrío, porque las circunstancias lo habían vuelto pesimista, y también porque aquellas circunstancias lo incitaban a volver a las más

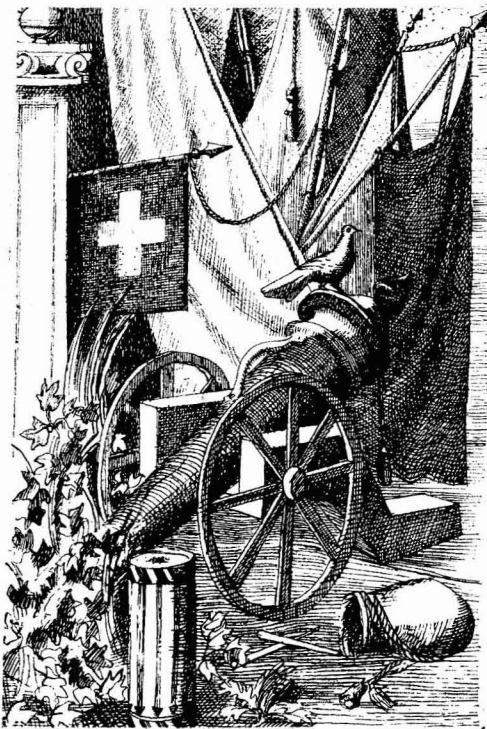
profundas raíces de su existir. No sorprende que el judío se expresara así, sino que el cristianismo español fuera ensombreciéndose cada vez más hasta dar en una negación del mundo muy próxima al total nihilismo, que en vano buscaríamos en Francia o Italia. Lo notable en España es que mostraran un aire tan abatido escritores laicos como Mateo Alemán, Quevedo, Gracián y otros, sin que haya que suponer que todos ellos fueran conversos." (*La Realidad*, pp. 541-2). El hispano-hebreo no contaba con un puente (Cristo, Mahoma) que uniera lo humano y lo divino. Reproduce en su conciencia y sus escritos la actitud que será mucho más tarde, en esencia, la de Kierkegaard o la de *El castillo* de Kafka. De ahí su modernidad y las de los escritores contagiados (el Quevedo de los sonetos desesperados, de *La hora de todos*, de *Los sueños*). Aquel grupo de hombres marginales, derrotado de antemano como grupo, se dispone a un ¡sálvese quien pueda!, en que cada individuo, al penetrar en el fondo de sí mismo, tratará de perpetuarse como individuo, como hombre angustiado y consciente de sus límites: ejemplo máximo del "vivir desviviéndose" con que Castro ha definido la actitud hispánica fundamental. Santa Teresa, hija de conversos —la Inquisición obligó a su padre a llevar el sambenito— y fray Luis de León son, quizá, el mejor ejemplo, junto con Luis Vives y Fernando de Rojas, de la intensidad con que ciertos hombres y mujeres marginales convirtieron sus problemas concretos, íntimos, en reflexión o drama, en poesía o en introspección mística, incorporándose para siempre —mientras dure la cultura y la civilización tal como las conocemos hoy— a un universo artístico y literario que desconoce la clasificación *snob* de hombres importantes y hombres marginales.

Cuando la situación se hace desesperada y el hombre marginal sabe que se halla al borde del abismo la única solución para no perecer es salirse de la historia. Los hispano-judíos se salen de la historia como tales, desaparecen en la historia y reaparecen a veces —gloriosamente— en la intimidad del individuo y en su expresión literaria. En cierta forma ocurre que otro ejemplo de grupo marginal victorioso hace también lo mismo: el pueblo suizo se ha salido desde hace tiempo de la historia tal como se entendía en los relatos antiguos, la historia de reyes y batallas. Pero en lugar de penetrar en la individualidad y en la literatura la evolución salvadora de los suizos ha sido muy distinta y no poco curiosa. Ya podríamos deducir la condición extraña, aparte, de la nación suiza del hecho pocas veces observado o interpretado de que no haya sido posible acoplar los principios de la vida jurídica y nacional suiza con los de las Naciones Unidas. Suiza no cabe en la O.N.U. porque no es una nación como las demás; deliberadamente se ha salido, para triunfar, de la historia. No es como las demás por sus orígenes: empieza por ser una negación del feudalismo, atraviesa por el período en que triunfan las dinastías sin tener dinastía alguna, llega al siglo XIX sin ambiciones de extensión territorial y sin deseos de formar parte de ningún sistema de alianzas. La situación marginal



"la tradición y la artesanía suiza"

de Suiza queda clara desde el principio: sus tierras son pobres, las comunicaciones resultan difíciles, apenas si llegan a sus valles los ecos de la reforma religiosa (Zwinglio) o más tarde de las guerras napoleónicas. De las puertas abiertas al exterior (Berná, Basilea y Constanza, hacia el norte; hacia el oeste, Ginebra) una, Ginebra, permanece independiente durante largo tiempo. Suiza exporta hombres, los famosos mercenarios suizos, que es lo que hace un país muy pobre que no tiene otra cosa que exportar. No salen de Suiza grandes ideas, o inventos importantes, o dinastías afortunadas, o ejércitos que conquistan para sí. Suiza llega al siglo XIX sin poder militar o económico considerable; fue un milagro que no quedara desmembrada. Hubiera sido más fácil y lógico que el desmembrar a Polonia. Se salvó en gran parte porque el Congreso de Viena quiso restablecer, ante todo, el *status quo*, y porque las naciones italiana y alemana, que hubieran podido reclamar su tajada de Suiza de



Suiza: "al margen de la historia"

acuerdo con la división en idiomas y "nacionalidades", se hallaban todavía en proceso de formación.

La situación cambia radicalmente a lo largo del siglo XIX, y, en forma más visible, sigue cambiando en nuestro siglo. El siglo pasado descubre el romanticismo y el sistema moderno de transportes: ambos descubrimientos resultan vitales para Suiza. El romanticismo, naturalmente, abandona los jardines geométricos y se entusiasma por los paisajes salvajes, desmenados; las montañas suizas dejan de ser horribles —así las llaman los escritores y viajeros anteriores a la época romántica— y se convierten en trasfondo glorioso, que exalta al hombre y lo convierte en héroe semi-byroniano. Y nace el turismo. Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, estaba muy lejos de sospechar que sus "ensueños de paseante solitario" acabarían por contribuir a la fundación de grandes hoteles para el turismo, pero eso fue exactamente lo que ocurrió. El romanticismo con su amor por lo desmesurado convirtió en mina de oro lo que hasta entonces era molesto obstáculo o fuente de terrores. Rousseau y Amiel —el que dijo que *un paysage est un état d'âme* era, sobre todo, un intimista psicológico y atormentado, pero consciente, sin embargo, de la influencia difusa que el trasfondo exterior imponía al hombre romántico) son, junto con el contemporáneo Ramuz, los tres grandes escritores de la Suiza francesa. Suiza penetra entonces en la conciencia europea, a hurtadillas, como lugar liberador de las influencias nocivas de la cultura moderna, en que el paisaje grandioso ayuda a convertirnos en "buenos salvajes" sin dejar de ser, por ello, buenos padres de familia y modestos rentistas. Ello no bastaba para asegurar la prosperidad de la Suiza contemporánea, el país más rico de Europa y uno de los más ricos del mundo; pero el siglo XIX descubre, a la par que el romanticismo, el ferrocarril y las grandes centrales hidroeléctricas. La tradición de artesanía suiza se adapta entonces con extraña rapidez a las necesidades modernas; aparece la gran industria suiza, industria de precisión, hecha de ingenio, con un mínimo de materias primas y un máximo de paciencia y de inteligencia. Todo ello es posible porque Suiza sabe que ha dejado de ser país marginal, en lucha constante con su destino, para convertirse en país "de primera clase", con la diferencia importante de que no tendrá que estar jugando al juego tradicional —grandes ejércitos, colonias, alianzas— ya que su situación al margen de la historia la protege efectivamente asegurándole una aureola de inocencia y pacifismo auténticos, y gracias, por otra parte, a que el desarrollo de las comunicaciones —el túnel del Simplón, cantado no recuerdo si por Carducci o por Pascoli, tiene en este punto un papel decisivo y casi épico— su presencia física resulta indispensable para la buena marcha de la economía europea. Suiza se ha convertido en el inmóvil eje de un complicado sistema de comunicaciones; la rueda gira, pero el eje, sin aspavientos, inocente y bien aceitado, sigue siempre en un lugar. El papel de Suiza en el mundo contemporáneo es el del intérprete: hacer posible

que los demás entren en contacto, manteniéndose siempre al margen, objetivo y sereno. Los intérpretes, como los embajadores, gozan de inmunidad diplomática. Cuando aparece un suizo *comprometido*, que quiere vivir apasionadamente y tomar partido por unos y contra otros, como Denis de Rougemont, los suizos le aconsejan que se vaya al extranjero, como le ocurrió a Rougemont durante la pasada guerra, pues su presencia misma parece comprometer a todo el país. Calvin era en realidad un francés implacablemente racional; Jung, en cambio, buen suizo, aspira a ser intermediario y puente entre el presente psicológico y psiquiátrico y el pasado mítico y arquetípico, entre el occidente científico y activista y el oriente contemplador y pasivo.

Un puente permanece quieto, mientras corren a sus pies las aguas y por sus piedras los hombres y sus vehículos; la inmovilidad de Suiza, al margen de la historia, es lo que da a sus paisajes una apariencia de serenidad que a los románticos les habría disgustado (no vemos ya el paisaje como nuestros abuelos). Pero, sobre todo, la inmovilidad de este paisaje es la que de pronto, sin que el país pareciera esforzarse especialmente, lo ha puesto a la cabeza de Europa económicamente e incluso culturalmente —si por cultura entendemos actitudes generales, de tipo más bien estadístico, y dejando aparte a las grandes figuras—. El suizo medio es más culto, está mejor informado, lee más que sus vecinos. No ha producido grandes genios en las artes —con la notable excepción de Klee— pero en la actualidad las mejores escuelas de química, de medicina, están en Suiza; las mejores reproducciones de obras de arte salen de las prensas suizas de Skira; de Suiza salen los libros más bien impresos, las revistas más lujosas de Europa; el teatro y la ópera de Zurich no tienen nada que envidiar a los de las *grandes potencias*. Y en las obras de teatro de Dürrenmatt o de Hesse, suizo adoptivo, el país ha encontrado por fin una literatura —en alemán— digna de lo demás.

Y es que el hombre, ese “animal difícil” de que habla Vives, el “*subjet... divers et ondoyant*”, según Montaigne, reacciona como puede, no como quiere, ante las vicisitudes adversas de su destino. Veamos en los cuatro ejemplos citados cuatro tipos bien diversos, igualmente interesantes, desigualmente afortunados, de reacción frente a la debilidad, el acoso, la incertidumbre y la muerte. Los egipcios, asediados por la sequía, abandonan la sólida tradición neolítica para entrar en la historia, para crearla. Los vagabundos medievales se apartan del orden estático centrado en la tierra y en la división “oradores, defensores, labradores” para crear, al margen del feudalismo, las ciudades, que acabarán por sobreponerse al orden antiguo. Los hispano-judíos bucean en sí mismos; algunos se ahogan, otros salen, radiantes, a la “otra orilla” de la literatura, el ensayo, el pensamiento religioso. Los suizos “abandonan la partida”, el juego de las grandes potencias, al que, en rigor, nunca llegaron a ser plenamente admitidos, y encuentran, al margen de la historia, la fuerza y la seguridad que la historia les había negado.

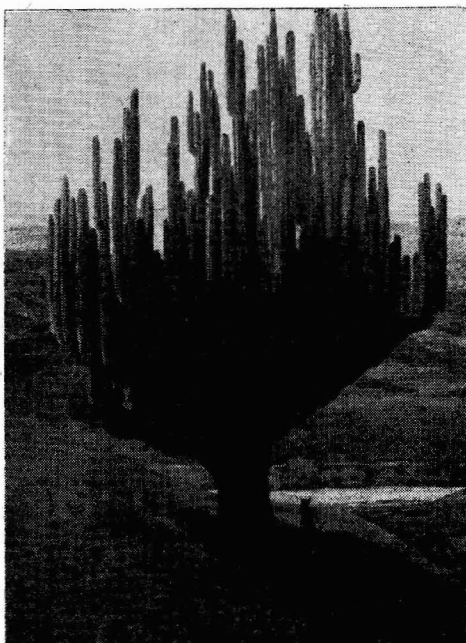
INTRODUCCION AL AMERICANISMO LITERARIO

Por Emilio CARILLA

I

DURANTE la época colonial no hay (no puede haber) declaración de americanismo literario. Hubiera sido contradictorio con la situación que ofrecía América.

Lo que hay en la época colonial son más bien testimonios indirectos de una fisonomía americana en obras (de americanos y españoles) que se escriben en América. O bien, como ocurre en el caso del mexicano Juan José Eguiara y Eguen, la defensa de los americanos, tachados en Europa de ignorantes.¹ Defensa que determina en Eguiara un copioso índice de nombres y obras escritas en estas regiones. Manifestación de calor patriótico.



—Oleo de José María Velasco
“los románticos de tipo paisajista”

tico, con amor propio americano, aunque —no sin cierta paradoja— redactada en latín.

Y antes de Eguiara, los ecos favorables que encuentran algunos discursos de Feijoo, éstos sí en defensa de los americanos.²

Como vemos, resonancias amplias, comunes y nada peligrosas, que hablan de un orgullo, de un deseo de afirmación y de ansias de fijar manifestaciones artísticas desconocidas o negadas por los europeos (Feijoo y algún otro son la excepción). No interesa aquí que el ardor de la defensa llevara por lo común a exagerar virtudes. En todo caso, era el explicable abultamiento ante el extremo opuesto: la tacha negativa del otro lado del océano.

Pero —repito— era esto lo que la época podía dar: no doctrinas nacionalistas, ni ensayos ambiciosos reafirmadores de la individualidad continental. Sí, hilos más o menos sutiles, perceptibles desde los tiempos de la Conquista, que hablan ya de una expresión americana.

José Enrique Rodó, que estudió por lo común con tanta perspicacia ciertas épocas del proceso cultural americano, vio

bien cuando destacaba, en su recordado ensayo sobre *Juan María Gutiérrez y su época*, que las tentativas del americanismo literario (como formas de reivindicación de una autonomía intelectual) nacen, en rigor, con el romanticismo. Sin embargo, es discutible su afirmación cuando llega a decir, rotundamente, que “sería [vano] buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior a la emancipación una huella de originalidad americana”.³

En otras palabras, lo que sin duda conviene distinguir es la presencia de un desarrollo teórico y una doctrina (amplia y con raíces en la época) y un americanismo oculto o fragmentario (naturalmente, no declarado ni ensalzado) en los tiempos coloniales. Y este último sí existe.

II

Es natural que el planteo teórico del americanismo literario nazca como una consecuencia de la independencia de los países hispanoamericanos. Y es más natural aún que fueran los románticos los que desarrollaran con mayor ahinco este atractivo tema, por lo común ligado a obras que querían ser aplicación de aquellos principios.

Era la derivación de la independencia política que buscaba los más sutiles y complejos hilos de la independencia intelectual y se afanaba por encontrar la “expresión de América”. Por otra parte, no cabe duda de que ideas e ideales del romanticismo europeo (recordemos, sobre todo, un difuso hederismo, y aun temas de obras europeas) daban punto de arranque a los valerosos. Puntos de arranque (nada más), ya que la búsqueda del “americanismo” pasa a ser motivo desligado del eco de obras europeas. Razón de propiedad y, también, de urgencia.

Lo que más debe importar es la abundancia de planteos. No tanto la variedad, que realmente apenas existe, aunque pueden marcarse grupos. De nuevo, a manera de precursor, o, mejor, de heraldo, nos encontramos en este camino con la figura de Andrés Bello. *La Alocución a la poesía* (1823), es decir, la primera de sus *Silvas americanas* es la profesión de fe americanista del poeta. Allí pide a la Poesía que deje la “cultura Europa” y se dirija al mundo de Colón. En América promete Bello a la musa la vistosidad de sus cielos, sus climas, su paisaje primitivo, rico, variado... Poema que se continúa y ejemplifica en *La agricultura de la Zona Tórrida* (1826), verdadero elogio de la vida en el campo (campo americano) y canto de paz después de las luchas de emancipación.

En Bello hay, pues, un programa que él no alcanzó a realizar sino someramente y que desarrollaron más dilatadamente los románticos.

Con el fin de ordenar diferentes testimonios, me parece conveniente tener en cuenta la nutrida bibliografía que el americanismo ha determinado hasta nuestros días. Así, paisajismo, indigenismo, hispanismo, son tres direcciones fundamen-